



IRENE JUNQUERA

TODOS  
EL TIEMPO  
QUE NOS  
QUEDA

Planeta

Irene Junquera

Todo el tiempo  
que nos queda

Una historia sobre el amor propio

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Irene Junquera Martín, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.501-2023

ISBN: 978-84-08-27044-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## NUNCA DEJES DE ESCRIBIR

Laura, hija, te juro que puedo volver a los once años en cualquier momento. Basta con que me llegue el olor de unas patatas con pimentón y torreznos, y ahí aparezco, en el pueblo que me vio nacer y donde apenas cabíamos treinta personas.

En plena sierra de Gredos, rodeado de ocres y verdes limón, los veranos te envolvían sin asfixiarte y los inviernos debían vivirse, indefectiblemente, junto a la estufa de leña que presidía el salón.

Mi madre, tu abuela, era María la Carbonera. Desde que peinaba trenzas se dedicó junto a su padre a recorrer los pueblos de la provincia en un carro tirado por asnos y caballos con el fin de vender el carbón que habían elaborado. De pelo abundante y ojos del color de los castaños, siempre olía a una mezcla de ajo y miel. Ya desde entonces era una mujer rotunda, de caderas anchas y labios carnosos, y nadie la pasaba por encima. A finales de los años cincuenta en España no era común ver a una mujer defendiendo sus derechos con tamaña convicción.

Mi padre, tu abuelo, era su fiel escudero. Agapito Domínguez. Lo mismo te esquilaba el rebaño de ovejas que le cortaba el pelo al niño. A menudo podías descubrirlo mirando, divertido y enamorado, los arrebatos de tu abuela. Poco le

importaba que en el pueblo le recriminaran que se hubiera casado con una forastera.

Agapito tenía tanto pelo como entradas y llamaba la atención por la parsimonia con la que hacía las cosas; todo en él parecía sugerir calma, excepto si se hablaba de música. El poco tiempo que tenía libre lo dedicaba a escuchar la radio o a tocar la guitarra española. Su otra pasión era el fútbol. A mí me encantaba sentarme a su lado mientras él escuchaba los partidos. Tanto que acabé por entusiasmarme como él, que vivía los triunfos y las derrotas de su Real Madrid con auténtica devoción. Nuestro jugador favorito era, por supuesto, Alfredo Di Stéfano. Recuerdo mi primera gran alegría, cuando eliminamos al Atlético de Madrid en las semifinales de la Copa de Europa y le ganamos la final al Stade de Reims. Otra vez campeones y con Di Stéfano como goleador del torneo, que además anotó en la final.

Tal vez fue porque yo era la mayor, pero a ninguno de mis hermanos les interesaba el fútbol lo más mínimo, ni siquiera a Manu, el varón, en una época en que nacer hombre o mujer determinaba incluso los gustos. Aún sucede.

—¡Elena! ¡Silencio! Madre mía, qué timbre de voz tiene esta niña.

Mandarme callar era uno de los pasatiempos favoritos de mi padre, porque gritar mucho era también uno de los míos.

Si en aquella época me hubieras preguntado si era feliz te habría respondido que no sabía. Porque no conocía lo que era la tristeza. En Lomares el tiempo parecía no existir. No conocía el final de nada, todo en mi vida era una sucesión de acontecimientos tan simples como extraordinarios.

Zarandeada por los primeros rayos del sol, salía cada mañana para ver pasar a las vacas que cruzaban el pueblo con el pastor en dirección a los prados, y volvía a casa a desayunar

la tostada de pan con aceite y miel que nos preparaba mi madre.

La cocina, el comedor, el salón..., todo uno, amanecían impregnados por el aroma del pan recién hecho a la lumbre.

—Niños, poneos a desayunar ya, que tengo que ir a por fruta.

Hoy sé que la comida que teníamos en casa muchas veces no era suficiente y en algunas ocasiones llegamos a pasar hambre, pero no era algo que me angustiara especialmente.

—Agapito, ¿otro día más sin carne? Los niños no pueden crecer bien solo comiendo huevos.

—Lo sé, María, pero ¿qué hago? El género está carísimo y a mí no me quedan ovejas por esquilarse en la zona.

—Pues algo habrá que inventarse. No podemos sacar a esta familia adelante sin comida.

Se me quedó grabada la cara de derrota de mi padre, con los ojos apuntando al suelo y la tristeza impregnada en ellos.

Salí de casa con el estómago encogido, la tostada iba a sentarme mal. Recorrí los últimos metros que me separaban de la escuela con las manos sudorosas, agarrando con fuerza las asas de la mochila donde llevaba mis cuartillas.

Unos quince niños de todas las edades esperaban a que el párroco abriera las puertas de la escuela, situada debajo de la ermita. Tan solo unos pocos llegaban hasta allí acompañados de sus madres, los que vivían en los pueblos de alrededor. El resto íbamos solos.

—¡Elenaaa! —Asunción, mi mejor amiga, vino corriendo a mi encuentro—. ¿Has hecho las tareas de gramática? ¡No me salía nada! ¡Un horror! —Ella era una niña regordeta, pizpireta y lo que ahora llamaríamos hiperactiva.

—¡Gramática! —exclamé; sabía que se me olvidaba algo—. Esta mañana he estado terminando los deberes, pero justo eso se me ha pasado. La señora Dorita me va a matar.

No era fácil aguantar a la profesora Dori, una señora que tenía doscientos años, muchas ganas de jubilarse y ninguna paciencia. No recuerdo que me enseñara nada de provecho. Si por esa mujer hubiera sido, ahora me dedicaría a fregar escaleras sin más ambición que la de comer y dormir. En el lado opuesto estaba mi madre, que no había podido estudiar, pero siempre que tenía oportunidad leía cualquier cosa que caía en sus manos: fragmentos de periódicos, etiquetas de productos de limpieza..., lo que fuera. Y poco a poco había conseguido labrarse cierta cultura general que le daba de sobra para enseñarnos lo básico. Yo me parecía a ella.

Hasta que una mañana apareció Marce: una chica rubia, dulce, recién licenciada, lo opuesto a la vieja refunfuñona. Enseguida se estableció entre nosotras una conexión muy bonita: Marce amaba la lectura como yo. Fue ella quien me descubrió las historias de Celia, aquella niña respondona que tan poco tenía que ver conmigo y que tanto me gustaba. Había sido censurada por el franquismo, pero ya se podía encontrar con relativa facilidad; su creadora, Elena Fortún, se convirtió en mi referente, no solo porque soñaba con inventar un personaje que tuviera una personalidad arrolladora como la de Celia, sino porque la historia de la autora era digna de admiración. Durante años escribió sus novelas escondida en el baño para evitar conflictos con su marido. Literatura infantil y mujer, mala combinación para que te valoraran en aquellos tiempos.

Marce me traía un libro nuevo cada semana, y yo daba cuenta de ellos en una sola tarde.

—Los ejercicios estaban de diez, Elena —me dijo a los pocos meses—. ¡Eres muy buena en Lengua! ¿Por qué no te animas a escribir algo? Un pequeño relato, un poema..., cualquier cosa.

Yo sonreí y me sonrojé.

—Bueno, señorita Marce..., en realidad..., escribo casi todos los días.

—¿De verdad?

—Lo que pasa es que no se lo he enseñado a nadie.

—¿Me lo mostrarías a mí?

Al día siguiente le llevé las cuartillas que había escrito y ella se pasó el recreo matutino leyéndolas; yo la observaba muerta de nervios a distancia mientras jugaba con los demás niños.

—Toma tus cosas de vuelta —dijo cariñosa mientras me extendía los papeles.

—¿Qué le han parecido? ¿Le gustarían a Elena Fortún?

—Elena, eres especial. Tienes talento. Y puedes llegar a ser como Fortún o como quien quieras; así que, por favor, no pares de escribir.

Asentí con un cosquilleo en la garganta.

Me propuse escribir todas las tardes después de la escuela y los fines de semana. Creaba poemas y relatos cada vez más largos, y luego se los entregaba. Ella me los devolvía con anotaciones. A veces me corregía alguna palabra o subrayaba frases que le habían gustado.

Sin embargo, aquel día, debido a la tristeza que había visto en mi padre, no tuve cabeza para nada. El techo de la escuela parecía pesar sobre mi espalda mientras la señorita Marce me miraba de soslayo e impartía la lección.

—Elena —me llamó nada más acabar la clase—, espera, quiero hablar contigo.

Me acerqué a la tarima, ¿se habría dado cuenta de que me pasaba algo? Ella guardó silencio hasta que la última niña abandonó el aula.

—¿Has pensado qué quieres hacer cuando seas mayor?  
—me preguntó.

Yo, que seguía preocupada por esa conversación entre

mis padres que no debía haber escuchado, no supe qué responderle.

—¿No te gustaría ser escritora?

En todos mis ejercicios de imaginación, cuando me proyectaba de adulta, lo hacía siempre trabajando con el carbón o esquilando ovejas. Hasta ese momento nunca había concebido que pudiera dedicarme a escribir, creía que aquello estaba reservado para gente especial, como Fortún.

—¿Escritora? Pero, señorita, yo no creo que sea capaz —me sudaban las manos—, es muy difícil y yo solo sé escribir cosas cortitas. Además, tengo que ayudar a mis padres, ¿y quién iba a leer lo que yo escriba? ¿A quién podría interesarle? —Las palabras salían de mi boca a borbotones, cada vez más rápido.

—Elena, para, para, para... —Marce me interrumpió cubriéndome con suavidad la boca con una mano—. Puedes ser quien tú quieras. Cuando hablo de tu talento no lo hago para que te sientas más feliz, lo hago porque lo pienso de verdad. Seguramente, a tu escritora favorita también le entraron dudas cuando era pequeña, pero es que ¿sabes lo que te digo? Dudo que incluso ella tuviera tu talento desde tan joven. Lo tuyo es fascinante.

Marce hizo una pausa y me miró como para comprobar si lo que me decía estaba dejando algún tipo de poso en mí.

—No lo dejes nunca. ¿Me lo prometes? Pase lo que pase, aunque luego te dediques a otra cosa, no importa, pero nunca dejes de escribir.

Asentí.

Salí de allí poniendo un pie delante del otro, caminé los cincuenta y dos pasos que separaban la escuela de mi casa intentando sentir el suelo bajo mis zapatos, pero con la sensación de ir andando sobre nubes. El día se había tornado de gris a rosa en lo que dura un parpadeo.

## RANAS Y COLADAS

—Elena, ¿vienes con nosotros al arroyo? —La diminuta voz de tu tío Manu me sacó de mi ensoñación. Mi hermano era flaco como un junco y rápido como una lagartija, quizá por eso uno de sus pasatiempos favoritos era ir al pequeño arroyo que había junto a la fuente del pueblo a coger ranas.

—¡Vamos! —dije. Nada me apetecía más en aquel momento.

Lo agarré de la mano y salimos corriendo junto a media docena de niños. Mis amigas se fueron a casa con la excusa de ayudar a sus madres, pero yo quería estirar un poquito aquel rato del que tanto disfrutaba.

—¡Allí! —gritó Luis, otro niño de la pandilla—, ¡esa zona está llena de renacuajos!

El arroyo era una especie de presa natural, pequeñita, bordeada por piedras, donde las mujeres del pueblo lavaban la ropa. El agua llegaba de la cima de la montaña, y la que no acababa allí surtía otras dos fuentes en el pueblo, una más grande que se utilizaba de abrevadero para los animales y otra algo más pequeña donde cada día llenábamos el botijo para aprovisionarnos de la mejor agua del lugar. Aquella fama tenía. Venía gente de todas partes para probarla y había incluso quien le otorgaba propiedades mágicas.

Cuando estábamos en pleno proceso de pesca de anfi-

bios, apareció mi padre y, con la cara ardida, me agarró del brazo y me sacó de allí.

—¡Ayyy! ¿Qué pasa, papá? —grité porque no era normal verlo tan enfadado.

—Elena, ya eres una señorita y no tienes que estar haciendo el ganso con todos los niños —respondió sin soltarme hasta que llegamos al corral de casa.

Como siempre, obedecí. No me gustaba llevar la contraria a mis padres, pero no pude controlar el fuego que me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. No entendía nada.

Mi madre salió de casa, cesta de ropa sucia en ristre.

—¿Qué pasa, Agapito? —Ella tampoco estaba acostumbrada a ver a mi padre así.

—La niña, que iba zascandileando con los niños en lugar de venir a hacer las labores de la casa o las tareas del colegio, como corresponde.

Mi madre tenía el gesto serio y yo no supe traducir si se ponía del lado de mi padre o del mío.

—Elena, acompáñame a lavar la ropa.

Era junio y, aunque en las noches siempre refrescaba, durante el día la temperatura era muy agradable.

—¿Me vas a enseñar?

—Sí, cariño, ya tienes edad para empezar. Y tu padre tiene razón, es importante que aprendas estas cosas porque te harán falta.

—Pero, mamá, ¿y Manu? Él también está allí y papá no lo ha traído para ayudarnos.

Mi madre guardó unos segundos de silencio.

—Es diferente, Manu hará otras cosas. Ya te darás cuenta de que, por desgracia, no todo en la vida es tan justo como quisiéramos. —Mi cabeza no alcanzaba a entender semejante despropósito, pero guardé silencio—. Lo importante es

que aprendas a valerte por ti misma y a no depender de nadie. Todo lo que aprendas bienvenido sea.

Unas cuantas señoras gritaban junto al arroyo:

—¡Venga, venga! ¡Fuera de aquí! ¡Se acabó lo que se daba! ¿U os vais a quedar a lavar?

Los niños, incluido mi hermano, salieron como rozados por un manojo de ortigas, como si la idea de ayudar con la colada fuera la peor del mundo. Y para más inri, mi querido hermano Manuel me dedicó una peineta según corría burlándose de mi suerte.

Llegamos a la ribera del arroyo y mi madre sacó una tabla que depositó en la orilla. Con ella escurriríamos después la ropa correctamente para que no se estropeará, como aprendí más tarde.

—Ponte aquí conmigo de rodillas —dijo colocando una toalla doblada varias veces para hacerla más mullida—. Hay que empapar la prenda, llenarla de jabón y frotar con fuerza, sobre todo si hay alguna mancha que se te resiste. Y luego la aclaras.

Mientras yo me concentraba en hacerlo bien, el enfado con mi padre se disipaba, y mi madre charlaba con las vecinas.

—¿Te has enterado de lo de Agustín? —siseó la mujer que tenía al otro lado.

—¿El de la calle grande?

—Ese, ese. Que se ha echado novia.

—¿Una moza? ¿A su edad? ¡Válgame, Señor! Pues no sé para qué a estas alturas —respondió otra.

—Dicen que es de La Serrana y que también es viuda como él.

—Bueno, hija, pues bien hacen. Así no pasarán lo que les quede de vida solos —intervino mi madre.

—Uy, pues eso no es lo que he oído yo —aseguró otra—, parece ser que a la que le ha echado el ojo, y vete a saber si la mano también, es a la profesora nueva, la tal Marcelina.

—Chsst —noté cómo mi madre le daba un codazo a la mujer, al tiempo que me señalaba con la mirada—, que es la maestra de Elena —dijo susurrando y luego, alzando la voz, afirmó—: Pues fíjate que me cuadra más lo de la de La Serrana.

Yo me reí para mis adentros, anda que me importaba a mí mucho quién rondara a quién. De pronto apareció tu tía Lucía llorando desconsolada y se agarró a las faldas de mi madre.

No solo era más pequeña que yo, también había sido desde siempre la más sensible de nosotros; había que tener cuidado con lo que se le decía o se le hacía porque pasaba de la risa al llanto en menos de lo que cantaba un gallo. Era menudita y tenía un aspecto frágil, no como ahora, lo que hacía que algunos niños desalmados la tomaran con ella en el pueblo.

—Pero mi Luci, ¿qué te pasa? —dijo mi madre.

—Se están metiendo conmigo todo el rato y me han tirado del pelo —respondió ella con la voz entrecortada, entre mocos y suspiros.

—¿Quién se mete contigo? ¿Y tirándote del pelo? ¡Me van a oír!

—Ha sido Genaro, el hijo de Maite, la de la calle de abajo, ese niño mayor.

«Qué chivata mi hermanita», pensé. Yo la quería con locura, pero tenía que aprender a defenderse sola. El muchacho era de la pandilla de Manu, con los que había estado cogiendo ranas.

Mi madre se dirigió a la plaza, donde estaban jugando todos.

—¡Tú! ¡Genaro! ¡Ven aquí! —gritó.

El tal Genaro, que era un niño con cara de bueno, pero de los que se las traían, se acercó con las orejas gachas.

—¿Es verdad que estás tirando del pelo a mi hija?

Él bajó la mirada y no respondió.

—Te voy a decir una cosa y espero que se te quede grabada: la próxima vez que tengas ganas de tirar del pelo a alguien, vas donde tu madre y le tiras a ella de los pelos del coño, que los tendrá más largos... —Y se quedó tan ancha—. ¡Manuel! ¡Tira *pa* casa tú también!

Silencio absoluto en la plaza.

Esa era mi madre, no se callaba ni una. Genaro ya nunca más volvió a decirle nada a Lucía. ¡Cualquiera se atrevía!

Todavía recuerdo con nitidez la risa de mi madre y de mi hermana cuando regresábamos esa tarde bajando por la calle principal y comentamos la cara del pobre niño. Manu intentaba hacerse el ofendido, pero se le notaba que no podía disimular la carcajada que tenía atravesada en la garganta.

El camino a casa era cuestión de unas decenas de metros. Sobre el suelo sin asfaltar esquivábamos las boñigas de las vacas que dotaban al pueblo de aquel olor tan característico y que no era tan desagradable como cabría imaginar. Subimos al corral donde estaba nuestra casa con una grata sensación.

Nada parecía presagiar el vuelco que iba a dar nuestra vida.